



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 24 DE DICIEMBRE DE 2017

Olga de León / Carlos Alejandro

Por una Navidad sin pinos

UN CASTILLO DE CABAÑAS
OLGA DE LEÓN

En lo más profundo del bosque, a donde solo llegaban quienes conocían esa zona, había una hermosa y acogedora cabaña construida con mucho amor por los padres de los padres de quienes ahora eran los únicos dueños de los árboles, los pastizales y los enormes abetos y, por supuesto, de la cabaña. Esta había sido poco a poco agrandada y conservada casi intacta; sin embargo, al diseño original, construida con gruesos troncos y protegida con algún material impermeabilizante, se fueron sumando otras construcciones. Igual había sucedido con el piso de madera natural solamente aceiteada y lustrada para hacerla lucir mejor. Así se conservaba, aun, hasta el momento en que esta historia la vuelve su objeto protagónico.

Se habían añadido un par de cabañas más, comunicadas cada una con la primera, la cual era mucho más grande. De suerte que aquella construcción originalmente creada para albergar dos o tres familias con cuatro hijos cada una, ahora estaba convertida en una especie de castillo horizontal, donde bien podían estar cómodamente viviendo más de treinta personas entre adultos y niños. Las viviendas tenían forma de escuadra y en el centro de ellas estaban los jardines y patios interiores que eran compartidos por los habitantes, y algunos invitados.

Cada año, por lo menos durante cuatro o cinco semanas, repartidas en dos temporadas: verano e invierno, la familia iba a descansar y se quedaban todos para gozar del fresco y los ríos cercanos, ya fuera paseando a caballo, recorriendo los huertos o sencillamente encerrados y, en la intimidad, platicando de lo que habían hecho los meses previos, o planeando el futuro inmediato para cuando regresaran a la ciudad a sus actividades, propias de cada quien. Aquello era el oasis en medio del bullicio de las grandes ciudades, donde cada familia vivía el resto del año.

Los primeros en llegar ese invierno fueron los abuelos, en realidad quienes más derecho tenían a estar cuanto quisieran y a llegar antes que todos, pues ellos ya no tenían ni compromisos de trabajo ni demasiado contacto con el resto de la sociedad, no sentían que tuvieran que quedar bien o rendirle pleitesía a nadie.

Luego llegaron los hijos mayores con toda la familia, los últimos en acomodarse en las cabañas más pequeñas, fueron los menores, los que aún eran solteros; claro, estos preferían prolongar un poco su estadía en la metrópoli. Ese año, para el tercer día de la fecha acordada en que se reunirían, ya estaban allí, un veintinueve de diciembre, todos los miembros de las cuatro familias provenientes del tronco común, que ese año se comprometieron a ir a las cabañas. Los preparativos habían iniciado desde que los abuelos llegaron y dieron instrucciones a los sirvientes y cuida bosques que durante todo el año permanecían en el lugar y lo mantenían en óptimas condiciones.

Para la cuarta noche, los abuelos desaparecieron de la escena. No se dejaron ver más. Solo los sirvientes empezaron a extrañarlos, pues el resto de la familia ni siquiera volvió a nombrarlos. Fue como



si nunca hubiesen estado allí. Y el mayor ordeno se sintió relegado e ignorado, pues nadie más le dio alguna instrucción, ni siquiera para esperar la llegada de dos o tres invitados de los hijos solteros. Y aunque casi no se movía de la entrada principal, salvo por las noches para ir revisando que todas las luces quedaran apagadas. Ningún familiar o invitado se dignaban mirarlo u ordenarle alguna cosa. Nada. Nadie.

Amaneció el veinticinco de diciembre y la cabaña cobró vida, a diferencia de los abuelos y la servidumbre que daban la impresión de haberse alejado del lugar o nunca haber estado allí. El primer indicio de vida que mostró la cabaña fue el encendido de la chimenea, sin que nadie lo hubiera hecho, desde antes de que se levantaran y salieran de sus recámaras. No le dieron mayor importancia, pensaron que cualquiera pudo hacerlo ya que la estancia era muy fría por grande y la doble altura que tenía del resto de los cuartos.

El segundo indicio de que la cabaña estaba cobrando vida, sucedió cuando los pequeños llegaron a la estancia familiar, para buscar sus regalos en derredor o abajo del pino cuya cúspide casi tocaba el techo, y empezaron a escuchar un ruido ensordecedor que se paraba por un instante y se repetía incesantemente, retumbando en las paredes de las cabañas.

Los niños corrieron hacia las ventanas con la finalidad de comprobar lo que suponían haber escuchado: una risa jubilosa de Santa Claus. Pero no fue así. Solo pudieron observar una estela de nieve blanca que se alejaba, mientras en el cielo se leía una frase que estaba escrita entre gotas de hielo tintado de rojo, como si fueran lágrimas manchadas de sangre, la frase decía: ¡Feliz Navidad! Y detrás de ella parecía verse un cortejo fúnebre.

No solo los niños lo vieron, también los adultos ya levantados a esa hora y todos sintieron una opresión en el pecho y una cauda de lágrimas involuntarias, que sus ojos vertían. Las paredes de la cabaña sudaron como si fuera verano y tuviesen mucho calor. Era también llanto el que las empapaba, el llanto de todos los antepasados que desde esas paredes contemplaban el ataque contra la naturaleza que los hombres modernos cometían en un afán por tener no una "Alegre Navidad", sino la mejor de todas.

Las cabañas lloraban, los abuelos volvieron a dejarse ver y la servidumbre cobró vida. Eran ellos, todos juntos: lo mejor de la Navidad, el ejemplo y lección de amor que dejaban para los hijos, nietos y bisnietos, y la ofrecieron transformándose en la escenificación viva de un Nacimiento natural, junto al enorme pino de la estancia, cuyas raíces, ese año lo descubrieron los descendientes de los primeros dueños, estaban arraigadas a la tierra por debajo de los tablonces de madera natural, que formaba el piso. Este castillo de cabañas se transformó en casi un ser humano, pues se volvió el Museo de historia de los pinos.

EL PINO Y EL DOLOR
CARLOS ALEJANDRO

La sierra se estremeció, provocando a su vez que las ramas de los árboles retumbaran: las de los pinos, con treinta años de vida que ahora eran cortados. Las pocas hierbas que quedaban alrededor, preferían embriagarse con el agua de lluvia que en esos momentos caía, a mirar lo que estaba sucediendo con los seres de la naturaleza que más habían admirado, que era el tipo de vida que ellas hubieran querido llegar a ser, de cuya estirpe hubiesen querido ser parientes directos.

Esos pinos, invasores de los suelos minerales a su alrededor expuestos,

habían edificado una enorme masa de tonalidades verdes. Entre ellos, los más hermosos morían a los treinta años de edad, cercenados por sierras eléctricas que los derribaban en menos de tres segundos: Hombres en chamarras amarillas, con gorras y protectores para los oídos y botas negras de plástico que les cubrían más arriba de las rodillas, iban dejando el tiradero de pinos: el que otros hombres, en jeans y sudaderas rojas, ahora iban juntando cerca de una camioneta que habría de transportar los árboles, una vez enrollados por una máquina que los envolvía en hilo azul.

Las ramas de hierba adornaban flores blancas, como copos de nieve. Pero el peligro eran las víboras que se arrastraban entre la yerba, entre mucho de esa hierba que moría antes que los pinos, arrasada por máquinas podadoras que dejaban al descubierto a las serpientes: que luego morían bajo el filo de un azadón o un largo machete.

"El único peligro con las víboras, que no son venenosas, es que traen muchas enfermedades", decía don Pedro, quien había llegado a los Estados Unidos desde hacía seis años. Ahora vivía solo, en una cabaña junto a la sierra, cerca del Castillo de Cabañas del que era dueña una familia de abuelo, cerca de su bosque de pinos.

Don Pedro sentía que la tala provocaba un miserable llanto entre los pájaros, así como alucinantes caídas al vacío dentro de su corazón. A la vista de sus compañeros de trabajo, era un hombre sumamente extraño. Se decía entre voces que con clavos colgaba, en las paredes de su casa, las pieles de las víboras que mataba. Que de esa manera curaba el dolor del vacío en su corazón. Así pagaba el precio por la tala y por su remuneración. Así curaba el dolor que nunca, un pino de navidad en su cabaña, fue capaz de sanar.

poeta a otra madrileña de pro afin al carmenismo, la reina de la Puerta del Sol: Cristina Pedroche. La celebrity vallecana encarna, junto a su marido, el cocinero David Muñoz, el populismo con chándal de táctel—"el traje regional de Vallecas", como le dijo al Gran Wyoming ante la indignación de muchos de sus vecinos—. Mimada por las marcas de medio pelo, e imagen del perfume Sex Symbol, ahora se prepara para dar de nuevo las campanadas "He construido un evento. Ahora no es sólo comerse las uvas, es criticarme para bien o para mal", ha asegurado, añadiendo que se vestirá como le dé la gana.

En cambio, en los rastillos benéficos propios estas fechas, el de Nuevo Futuro, con la infanta Pilar y su hija Simoneta Gómez-Acebo a la cabeza, o el de Carmen Lomana, las señoras visten a medio camino entre la burguesía vallisoletana de toda la vida y la chaqueta típica de Bavaria. Revolver, comparar, curiosear, enredar... un mercadillo, decía Dubravka Ugrešić, es la lección más breve y eficaz sobre la vida humana: "una sesión de psicoterapia, un encuentro delirante con uno mismo". No le falta razón. En los mercadillos navideños, la cursilería es bienvenida en forma de delantales de dama solidaria, cachivaches dorados, zambomba y jarana almenadrada, además de ese hilo musical navideño que se repite año tras año, y que a nadie le parece mal.



Harold Pinter

Considerado el máximo exponente del arte dramático inglés de la segunda mitad del siglo XX, Harold Pinter es autor de una obra que conectaba el arte con la política; a nueve años de su fallecimiento, el también poeta es recordado por recibir el Premio Nobel de Literatura en 2005.

En aquella ocasión declaró que llevaba 50 años escribiendo obras de teatro, además de estar muy comprometido políticamente, sobre ello apuntó "no estoy seguro de en qué grado este hecho tiene que ver con el premio".

Nacido el 10 de octubre de 1930, en el barrio de Hackney, dentro de la popular zona londinense de East End, Pinter nació en el seno de una familia judía y fue separado de sus padres cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, la cual derivaría después en la mirada introspectiva de su teatro.

Para 1957, escribió "The Room", su primera obra teatral, con cuartos cerrados y pocos personajes que posteriormente caracterizaron muchos de sus dramas; un año después estrenó "The Birthday Party", pieza reprobada por la crítica que incluso lo hizo replantearse su carrera.

Con el montaje "The Caretaker", de 1959, el panorama cambió, ya que la obra fue un éxito y representó su primer reconocimiento público.

De acuerdo con una nota del diario español "El País", Pinter escribió 29 obras de teatro; 21 guiones, entre ellos "La mujer del teniente francés" y "Betrayal", candidatos a los premios Oscar, así como la novela "Los enanos", diversos relatos cortos y cientos de poemas.

Según sus biógrafos, su dramaturgia es heredera del teatro del absurdo de Samuel Beckett, Eugene Ionesco y Jean Genet; además, sus obras se aderezan con fantasías eróticas y obsesiones, celos y odios, de ahí que haya sido descrito como "teatro de la inseguridad".

Sobre ello, Sabina Berman ha comentado que las leyes que rigen sus encerrados mundos son incomprensibles, "pequeños mundos donde no hay Bien ni Mal, sólo consecuencias, usualmente tremendas".

Así, explica que el dramaturgo introduce al espectador en un escenario con personajes que hablan con diálogos cortos y banales, "que sirven más para no decir que para decir, y sus internacionalmente famosos silencios".

Es conocida su lucha política, al aprovechar su popularidad, desde la década de los años 80, para criticar al gobierno inglés de derecha de Margaret Thatcher y al gobierno estadounidense de Ronald Reagan.

Décadas después llamó al primer ministro Tony Blair "criminal de guerra y asesino", comparó el gobierno de George W. Bush con el régimen nazi.

ad pēdem literae

"Nunca pienso en mí mismo como sabio. Pienso en mí mismo como poseedor de una inteligencia crítica"

Harold Pinter

Letras de buen humor

"Todo lo que saqué de mis matrimonios fueron mis dos años de psicoanálisis pagados por Artie Shaw."

Ava Gardner

Joana Bonet

Carmenismo y poesía

General de Podemos Madrid— o Alicia Gómez-Navarro, directora de la Residencia, aplaudieron el aforismo de Margarit: "la libertad es una librería". Y en pleno clima electoral, se evocó el diálogo progresista español, y también al agitador Ángel González, del que su hijo literario, García Montero, recordó que "conviene aprender a perder para no darse nunca por vencido".

Manuela Carmena debe de hacer suyo este mantra. En su gobierno totum revolutum la batalla es continua. Madrid está dividido entre los que están con la alcaldesa y se tronchan con la parodia que Joaquín Reyes hizo de ella esta semana en El Intermedio—"Soy Carmena, jueza importadora de la democracia, alcaldesa y abuela de todos los madrileños, incluida Esperanza Aguirre"—, y aquellos que no pueden ni verla pero fingen respetarla—"ella es una buena mujer, pero tiene a su alrededor a un equipo de radicales ineptos", argumentan—. El pasado lunes, destituyó al responsable del Área de Economía y Hacienda, Carlos Sánchez Mato, después de que el edil, que lideró la bronca con el ministro Cristóbal Montoro a santo de la intervención de las cuentas del consisto-

rio de la capital, anunciara que no apoyaría el plan de ajuste municipal. "No puedo permitir que el edil de Hacienda no apoye su propia propuesta", razonó Carmena al comunicar uno de esos movimientos de ajedrez político que no dejan contentos ni a propios ni a extraños. En su lugar nombró a Jorge García Castaño, hoy en día errejónista y fiel servidor de la alcaldesa, pero vinculado desde su militancia universitaria a IU. Su designación consolida el ascendente de Podemos dentro del gobierno municipal, y, al mismo tiempo, refuerza su control sobre dicha concejalía, clave en el futuro del proyecto que encabeza, si es que por fin anuncia su candidatura a las elecciones municipales de 2019 y logra revalidar el cargo. Ciertamente es que la crisis que Carmena tiene sobre la mesa, con ocho ediles que se revuelven contra ella, parece sacada de un drama shakespeariano, pero no debemos olvidar que la ex jueza ha conseguido romper con aquella desencantada definición de Paul Valéry de la política: "el arte de impedir que la gente se entrometa en lo que le atañe". Es decir: de desactivar a jóvenes tan ambiciosos como amateurs.

Podríamos recomendarle el mantra del

Poetas que huyen de la marginación romántica. Conducen, corren, hacen cola, tienen hijos, besan, toman cañas, escriben sin respiraciones lentas. Hubo un recital sabatino de puente aéreo en la Residencia de estudiantes de Madrid, ese lugar al que siempre hay que regresar para entender quienes fueron los primeros modernos. Joan Margarit y Luis García Montero leyeron sus versos en catalán y castellano. Luego lo replicarían en Barcelona. Hay que vivir para escribir: la suya es una poética de la experiencia. Los presentó el profesor y crítico Jordi Gracia: "Son poetas líricos que van más allá de sus desasosiegos privados e inquietudes íntimas; en ellos hay un intento de comprender la realidad pública, de solidaridad y reacción ante los cambios". Y alertó acerca de la actual desubicación social y política de García Montero, y de la herida que no cierra, la de estar vivo, del gran Margarit. En uno de sus últimos poemas—pertenece a "Un hivern fascinant" (Proa)/ "Un invierno asombroso" (Visor), curiosa traducción del adjetivo—, recuerda a su abuela meando de pie, abriendo las piernas bajo las faldas: "Fue ella quien me enseñó que el amor es claridad y dureza al mismo tiempo, que sin coraje nadie puede amar/ No era literatura: no sabía leer". Entre el público, Juan Cruz, Ángel Gabilondo, Basilio Baltasar, Almudena Grandes, Julio Rodríguez—ex Jemad y ahora Secretario